

Lo terrenal y lo perdurable

Escribe: RAMIRO CARRANZA

Referencia 237

P46e

Título: El más allá (Compilación).

Autor: Antonio Piolanti.

— I —

El hombre concibe lo que se llama "más allá" como una existencia distinta a la que tiene durante la vida terrenal; no como existencia *de otro*, sino como existencia de la que él de alguna manera participa, ya sea personalmente como creían los órficos, o mediante la comprensión en el "todo" o el anadamiento en el "ser" según creencias brahmánicas y budistas. El "mas allá" es algo humano, esto no es tan obvio, nadie ha imaginado un "más allá" en el que no participe el hombre.

Pero esta existencia "más allá", ¿cómo podrá ser realizada por el hombre? Para responder a esta pregunta hay que partir de la realidad muerte; con lo que muere, con lo percedero no cuenta el hombre para otra vida. Lo terrenal será entonces lo percedero para el hombre, para cada hombre, ya que la muerte es algo que atañe al in-

dividuo, no al pueblo el cual indefinidamente se renueva; muere, pues, en el hombre lo terrenal que no es solo su cuerpo sino el mundo, de manera que aquello que ha de ir "más allá" no es del mundo.

Este algo perdurable ha sido intuído, conocido por la totalidad de los pueblos, de que se tiene noticia. Nicolás Turchi, en el primer ensayo de este libro, nos conduce a través de los tiempos, enseñando cómo se concibió lo que nosotros llamamos alma; en el Antiguo Testamento vemos a Dios "infundiendo" en el polvo, en lo terrenal: "Modeló Yavé Dios al hombre de arcilla y le inspiró en el rostro aliento de vida y así fue el hombre ser animado". Ese algo, dice Turchi, que se imagina entró anteriormente en el cuerpo, se aleja de él con el último suspiro, de donde proviene el nombre de soplo o respiro que se da en algunas lenguas, la hebrea, la griega y la latina, al alma.

Alma y “más allá” son pues inconcebibles lo uno sin lo otro; “más allá” es el destino del alma. Sobre este planteamiento cabe la pregunta, ¿cómo es el “más allá”? A ello se han dado básicamente dos respuestas diferentes; una facilitada por la intuición racional, por ejemplo, la inspiración de Platón conservada en el diálogo “Fedro”; otra facilitada por la religión. De la respuesta religiosa es de lo que se ocupa Turchi y de ella, solo de la dada por religiones que califica de “no reveladas”. Entre los pueblos primitivos se cree que el “más allá”, en general, es similar al mundo terrenal, así por ejemplo, en el Dahomey “en la muerte de los jefes se inmolan muchas víctimas humanas con el objeto de proveer al soberano de sirvientes para el otro mundo”. Esta concepción que podríamos llamar original, de un más allá en el que se repite el mundo, varía según los diversos pueblos; el mundo se transforma, en el más allá, en un paraíso; “las almas, según los celtas de Irlanda, a través del mar, en una barca de cristal van a islas visibles desde lejos. Allí hay prados con árboles de ramajes de plata y frutos de oro, los cuales dando unos con otros producen un sonido melodioso que hace olvidar todo sufrimiento”; otros pueblos también con elementos mundanales imaginan un “más allá” infernal; “el hombre reducido a sombra, creían los babilonios, desciende al “arallu”, tétrico reino subterráneo, polvoriento, situado al occidente, allí donde las tinieblas prevalecen sobre la luz del sol...”.

Para otros pueblos el “más allá” es este mundo pero vivido en formas distintas; estas creencias van desde la afirmación de los antiguos

germanos, según los cuales “toda la naturaleza está poblada de almas que pueden revestirse de un cuerpo animal o vegetal y que generalmente habitan en los montes...”, hasta la Transmigración —samsára— de la religión brahmánica, según la cual “quien no ha andado el camino del saber regresará al mundo para volver a empezar la vida bajo otra forma, de acuerdo a los méritos de su vida anterior”.

Las religiones que se consideran más evolucionadas, como la brahmánica, afirman que el “más allá” es precisamente liberarse de toda “circunstancia”, ya sea mundanal, paradisiaca o infernal, de todo lo que no es “atman” —hálito, vida— fuera de lo cual no hay realidad sino “maya” —ilusión—, a ello llegará el “alma” del bien aventurado; esta es sin duda la más fantástica, aventurada y portentosa concepción del “más allá”: “Más allá” es ser —sin circunstancia—. Finalmente el “último más allá”, según la religión budista, al cual se llega después de las transmigraciones “nuevas formaciones del individuo en el mundo material de los fenómenos, provocadas por la propia voluntad de vivir y por el propio carácter moral”, es la cesación completa de existencia en el “nirvana”, negando el ser en lo que llamamos alma.

— II —

Las creencias cristianas, desarrolladas por los teólogos, son presentadas en la segunda parte del libro, entre otros, por su compilador Antonio Piolanti. *El hombre en su realidad terrena* es el título del primer ensayo de este teólogo. Co-

mienza muy razonablemente, analizando algunos temas, como por ejemplo, el por qué ha creado Dios las cosas, concluyendo en este punto que las creó para su gloria. El desenvolvimiento de tan brillante conclusión es digno de ser transcrito: "Dios ha creado todas las cosas. También su acción tiene un fin: quien obra, obra necesariamente por un fin. Pero el fin de la acción divina no puede ser sino la adquisición de una perfección: Dios es infinitamente perfecto. Ni puede ser la perfección de la criatura: así él subordinaría a esta su acción, esto es, se subordinaría a sí mismo, porque su acción no se distingue de sí mismo. El pues, ha creado para sí mismo; para su gloria". ¿Cuándo se convencerán estos hábiles estudiosos de Dios de la fatuidad de sus racionamientos? Manejan a Dios, su naturaleza, esencia, perfección, planean sus posibilidades, establecen sus límites, conocen los más recónditos pliegues de la túnica de Dios, y todo ello gracias a unos instrumentos de lógica que no nos sirven siquiera para concernos a nosotros mismos. Saben todo lo que Dios es y lo que no es, lo que Dios puede y lo que no puede, lo que busca y lo que encuentra, en base a algo tan perfecto como la razón humana. O no se leyeron o ya olvidaron lo que Dios por boca de Isaías ha dicho: "No son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos, dice Yavé. Cuánto son los cielos más altos que la tierra, tanto están mis pensamientos por encima de vuestros pensamientos y por encima de los vuestros mis caminos". (Isaías 55-8). Pero veamos cómo investigan el "más allá" estos teólogos: "si el infierno no existe tampoco existe Dios y si existe no se ocupa de los hombres"; "la

opinión de Lesio es la siguiente: el fuego de que nosotros disponemos tiene el poder de atormentar el alma por medio del cuerpo; no es difícil pensar que Dios pueda crear un fuego capaz de atormentar el alma sin el cuerpo. Pero podríamos preguntar al insigne teólogo, continúa Piolanti: ¿Puede la omnipotencia divina hacer blanco un cuerpo sin blancura? ¿Puede hacer que el alma separada del cuerpo tenga vista sin ojos?...". Dejemos a los teólogos romanos en sus discusiones bizantinas y busquemos cómo es el más allá para los cristianos.

Aunque a primera vista parezca extraño, no está tan claro el problema de que se pueda afirmar según nuestra religión que haya cuatro posibilidades de existencia para las almas en el "más allá": Paraíso, purgatorio, limbo, infierno.

Se sabe de la existencia de un paraíso destinado a los bienaventurados, por testimonio de Cristo. Decía en la Cruz el buen ladrón: "Jesús, apiádate de mí cuando estés en tu reino". El le dijo: "en verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso". (Lc. 23-42). Pero más no sabemos. Piolanti cita a San Pablo: "Ni ojo vio, ni oído oyó, ni corazón supo lo que Dios ha preparado a los que le aman".

La tradición cristiana ha fabricado un paraíso con elementos mundanales, tales como ver a Dios, escuchar una música hermosísima o contemplar una excelsa claridad. El paraíso finalmente es ser feliz.

El purgatorio del cual no se encuentra ninguna afirmación explícita en las escrituras, es admitido por la opinión de los Santos Pa-

dres, pero no existe un acuerdo en cuanto a su naturaleza. El purgatorio, en líneas generales, "es el lugar o estado en que las almas de los que murieron en gracia de Dios, con el reato de alguna pena temporal, debido a sus pecados, se purifican enteramente antes de entrar en el paraíso". ¿Cómo se purifican? Mediante el sufrimiento, ayudados, desde luego, por las oraciones de los vivos. Esto es todo lo que sabemos del purgatorio. Del limbo se sabe menos: es un lugar

a donde van las almas excluidas del cielo por el pecado original.

El infierno es simplemente, la lejanía de Dios, las tinieblas y el crujir de dientes, el fuego eterno, el sufrimiento para "siempre y jamás". En esta creencia cabe tanto, un lugar donde se atenaza y atormenta a las almas con algún género horrible de torturas o el simple —terrible— hecho de estar condenado a permanecer alejado de Dios.